

PREMIO DE RELATOS CORTOS
LOS MONEGROS
2012

MEJOR RELATO MONEGRINO

El hechizo de Los Monegros

Fernando Claudín

El hechizo de Los Monegros

Fernando Claudín

Me has matado, hijo de puta, me dije, mientras le veía alejarse a todo gas en mi viejo Ford. El tipo no había dudado en dispararme. Me había sorprendido aprovechando que yo había bajado del coche para aliviar mi vejiga. Debía de estar agazapado entre los matorrales, aguardando a un incauto como yo. Lo sorprendente era que a estas alturas, encontrándonos a las puertas del cacareado 21 de diciembre del año 2012, que según los mayas marcaba el fin del mundo, hubiese todavía bandoleros como en los tiempos de Curro Jiménez. Aunque el tipo más que un forajido sugería un prófugo, por sus trazas desaliñadas y su rostro demacrado y ojeroso.

–No digas que te ha matado, si solo tienes una herida de nada –dijo una voz infantil.

Suspiré, apretándome la pierna izquierda. La bala había entrado en el bíceps femoral. La sangre no paraba

de empapar la pernera del pantalón. Aunque la verdad era que no había por qué alarmarse en exceso.

Me percaté de que a mi lado había una niña, mirándome con curiosidad. Tenía unos nueve años. Era increíblemente bonita y delicada. Su larga cabellera negra le caía por la espalda. Sus radiantes ojos de color esmeralda me sonrieron con complicidad.

La niña estaba desnuda. Miré sus piecitos descalzos, que se hallaban suspendidos a unos dos centímetros del suelo. Mi asombro se transformó en estupor al observar que la piel de la niña era de un color violeta pálido.

—Sé que no te duele —dijo, señalando la herida de mi pierna.

Era cierto, no me dolía. Ni siquiera había sentido dolor cuando el tipo me disparó. Guardamos silencio, sosteniéndonos la mirada, como dos bestiecillas del bosque que se reconocen.

—Sé para qué has venido a los Monegros —dijo la niña, con una seguridad pasmosa.

Recapacité. Me encontraba en los Monegros para buscar inspiración, puesto que había decidido ambientar mi siguiente novela en aquella comarca aragonesa, enclavada entre Zaragoza y Huesca, por su clima seco y semi-desértico y sus paisajes áridos, que en mi imaginario literario yo comparaba al mítico desierto almeriense donde se habían rodado tantas películas del Oeste.

—No lo sé. Dímelo tú —repliqué, intrigado.

—Has venido a conocerme a mí —dijo la niña, y me regaló una sonrisa, mostrándome sus dientes blancos como la nieve, una sonrisa que, inexplicablemente, me hizo sentir un escalofrío de ilusión en el pecho.

Asentí, caviloso. Desde luego era una buena razón, me dije.

–Supongo que tienes un nombre...

La niña volvió a sonreír, tomó un palo y escribió su nombre en la tierra.

Chiloé.

–Suená bien. Me gusta.

–Claro que te gusta. Ven, escritor.

Me tentó preguntarle cómo sabía que soy escritor, pero no me dio tiempo. Chiloé me tomó de la mano y juntos sobrevolamos la sierra de Alcubierre. Fue fantástico contemplar a vista de pájaro los Llanos de la Violada. Luego avistamos la localidad de La Almolda, cruce de caminos por antonomasia de los Monegros, cuya calzada romana en tiempos alcanzaba hasta Huesca y Jaca.

Chiloé danzó alegremente sobre la ermita de Santa Quiteria, donde Jimena y yo nos habíamos agarrado de la mano por primera vez, y sobre el castillo árabe, justo encima del recodo donde Jimena y yo nos habíamos dado el primer beso.

Nos detuvimos en el monte Oscuro, donde al llegar hacía mucho frío, aunque cuando nos sentamos el calor era sofocante.

–Me encanta pasar del invierno al verano –dijo Chiloé, en un tono de voz enigmático.

Nos dedicamos a otear el horizonte, cogidos de la mano. Resultaba embriagador sentir a mi lado la leve respiración de Chiloé y aspirar la fragancia terrosa de su piel. Al cabo de un rato vimos pasar, flotando en el aire, mi coche. Al volante del viejo Ford estaba el tipo que me había disparado en la pierna, con un cigarrillo

humeante en la boca y el brazo apoyado en la ventanilla. El tipo nos dedicó un guiño de asentimiento y giró el volante para dirigirse hacia la laguna de Sariñena.

Me encogí de hombros. Parecía estúpido pero debía reconocer que no me importaba en absoluto que el tipo que me había disparado en la pierna se esfumase por los aires en mi coche. Por alguna razón, aquello tenía sentido. Como también tenía sentido que yo estuviese allí, en lo alto del monte Oscuro, acompañado de Chiloé.

Mientras la tarde se nos echaba encima, recordé a mi amigo Pere, el científico loco. Pere era un enamorado de los Monegros. Por eso en el año 1999 había suscrito un manifiesto, junto a otros cuatrocientos noventa y nueve científicos e investigadores, entre los que se encontraba Jimena, para que la comarca fuese declarada zona protegida.

—Él también ha venido —dijo Chiloé, adivinando mis pensamientos.

En efecto, en ese momento observé que el bueno de Pere ascendía por una ladera del monte Oscuro, resollando, sudoroso. Iba ataviado con una gorra de béisbol, una camiseta de tirantes, bermudas con flores estampadas y sandalias, y llevaba colgando del cuello sus sempiternos prismáticos de excursionista.

Pere se detuvo a nuestro lado y se dejó caer entre Chiloé y yo. Resoplaba por el esfuerzo. Le corrían sendos regueros de sudor por las mejillas. La visera de la gorra de béisbol sombreaba sus vivaces ojos ratoniles. Pere tomó su cachimba, vació de ceniza la cazoleta, golpeándola contra una piedra, la volvió a llenar de aromático tabaco y se puso a fumar con delección.

–No esperaba encontrarte en los Monegros. Ha pasado mucho tiempo –dijo, melancólico.

–Doce años... La vez anterior que estuve aquí...

–... Conociste a Jimena.

Sí, Pere me la había presentado, entre otras cosas precisamente porque Jimena formaba parte del grupo de científicos e investigadores que firmaron el manifiesto. Pere había insistido mucho en que yo acudiese a aquella excursión colectiva encuadrada en la campaña que tenía como objeto publicitar en los medios de comunicación nacionales la comarca de los Monegros, que nunca había recibido la suficiente atención por parte de las autoridades.

Jimena. Su imagen se proyectó en mi pensamiento, provocándome una punzada de nostalgia. La sensación de pérdida me hizo revivir el vértigo de los primeros años, cuando su muerte pareció cortar para siempre el cordón umbilical que me unía a la realidad del mundo circundante.

En aquella época había llegado a creer que perdería el poco juicio que me quedaba y me volvería irremisiblemente loco, a tal punto me embargaba el desasosiego, pero Pere, mis padres y también el auxilio de las musas literarias, me ayudaron a sobreponerme lentamente.

Sin embargo ahora todo se me mostraba tan reciente y vívido como entonces.

Los Monegros habían resucitado a Jimena porque había sido allí donde brotó nuestro amor, ese amor que colmaba mis expectativas y me había elevado al cielo de mi realización personal como escritor, gracias a su inspiración.

–Te he traído algo –dijo Pere, entregándome una placa con un elegante marco dorado–. El manifiesto de los quinientos...

El manifiesto de los quinientos científicos e investigadores, entre los que se encontraban Pere y... Jimena.

Tomé la placa con mucho tiento y leí el manifiesto por enésima vez.

Manifiesto científico por los Monegros

Los Monegros son un ecosistema singular, maduro, único en Europa, cuya riqueza biológica ha demostrado ser excepcionalmente importante en términos cuantitativos y cualitativos. La biocenosis documentada de los Monegros sobrepasa las 5.400 especies biológicas, cifra superior a la conocida de cualquier otro hábitat nacional o europeo, presentando el mayor índice de novedades taxonómicas (nuevas especies para la ciencia) de toda Europa en lo que va de siglo, con un alto grado de endemismos y citas únicas para el continente y con numerosos ejemplos de distribuciones biogeográficas y adaptaciones ecológicas novedosas de enorme interés científico. No existe, con datos objetivos y contrastados, ninguna otra zona o espacio físico en nuestro territorio nacional, y tal vez en toda Europa, que pueda siquiera compararse a las singularidades, novedades, rareza y riqueza biológicas que hoy están documentadas científicamente de los Monegros.

Cuando terminé de leer el manifiesto, la placa de marco dorado se volatilizó entre mis manos como arena de playa cuyos granos fuesen chispas de luz violeta,

y comprobé que también Pere se había desvanecido. Chiloé estaba delante de mí, a horcajadas, deslizándose con ternura las yemas de sus pulgares en mis mejillas para secarme las lágrimas.

–Vamos, no llores más.

Chiloé me tomó de la mano y nos pusimos en marcha.

Atravesamos un desierto de arañas. Yo no entendía por qué no podíamos sobrevolarlo, como habíamos hecho en la sierra de Alcubierre. Me resultaba francamente desagradable abrirme paso entre aquellas enormes arañas que me miraban desdeñosas al tiempo que emitían un zumbido sordo. Algunas arañas intentaban trepar por mis piernas y tenía que ahuyentarlas a manotazos. Chiloé, en cambio, no daba muestras de incomodidad. Se desplazaba por aquella maraña de arañas como pez en el agua.

De pronto Chiloé se detuvo y miró hacia atrás. Al ver que yo me había quedado rezagado y pugnaba con las insidiosas arañas para que dejaran de fastidiarme, se puso a cantar, y su dulce voz barrió a todas las arañas del desierto como un viento huracanado, hasta hacerlas desaparecer en el horizonte, allí donde el sol iniciaba su lenta zambullida hacia el ocaso.

Pere compareció brevemente para aplaudir a rabiar, como le había visto hacer en el Auditorio de Zaragoza para celebrar las bondades de *La muerte y la doncella*, de Schubert.

–Mejor ahora, sí, ya lo creo que sí –dijo Chiloé, y rompió a reír a carcajadas, mientras hacía simpáticas cabriolas por el desierto, que ahora se veía tranquilo y despejado.

La seguí como pude, tratando de olvidar que tenía una herida de bala en la pierna, una herida que en teoría debería impedirme caminar, aunque lo cierto era que no la notaba en absoluto, a pesar de la sangre que había impregnado la pernera del pantalón.

Al cabo de un rato, Chiloé me agarró de la mano.

–Vamos, que te he preparado una sorpresa –dijo, regalándome otra de esas sonrisas tuyas hechizadoras que me hacían sentir mariposas de ilusión en el pecho.

Salimos proyectados en el espacio, a la vez que yo me recreaba con el tibio contacto de su mano infantil, y con la fragancia de su piel, que ahora me olía a talco, y con el alegre gorjeo de su risa, que me hacía retroceder a mi propia infancia, a ese tiempo en que me maravillaba la simple visión del cielo en una tarde soleada.

–No estaría de más saber adónde me llevas, pequeña.

Chiloé soltó una risita, guiñándome un ojo.

–Vamos al Maratón de los Monegros. Seguro que te encanta.

Dicho y hecho. En un abrir y cerrar de ojos nos plantamos en un sitio muy concurrido donde había una pancarta gigante en la que ponía Maratón de los Monegros 2012. Chiloé se movía por todas partes como si hubiese estado allí mil veces. Yo me limitaba a dejarme llevar, permitiendo que ella me tirase irresistiblemente de la mano. Nos acercamos a un quiosco azul con forma de pagoda. Una mujer muy gorda y muy simpática, que iba en pijama y llevaba un gorro de dormir, nos entregó los dorsales, que tenían el mismo número, el 777. Luego recogimos el equipo de corredor, que incluía una mochila hidratante, un casco, unas gafas de sol, un teléfono móvil con batería y un anorak desplegable.

–Qué barbaridad, cuántas cosas –dije–. Yo no necesito el anorak y el teléfono.

–El teléfono es por si te quedas aislado en el desierto, y el anorak porque en los Monegros la temperatura baja mucho por la noche –dijo Chiloé, y yo tuve que conformarme, porque acababa de sonar un silbido muy agudo que señalaba el inicio de la carrera y en la línea de salida se armó un buen revuelo.

Había muchos participantes pedestres, como nosotros, pero otros iban en bicicleta, en patines, en monopatín, en triciclo, a caballo, en burro y hasta en camello. Había de todo, aunque estaban terminantemente prohibidos los vehículos de motor, según me informó Chiloé.

–Los organizadores del Maratón han endurecido las normas porque el año pasado se cometieron algunos atropellos –dijo, mientras adelantaba a un grupo de galgos blancos del tamaño de un gato.

Pere apareció fugazmente a mi lado, desplazándose sin tocar el suelo.

–Parece mentira que tengas una herida de bala en la pierna y estés corriendo un maratón –dijo, burlón.

Se me había olvidado la herida de bala. Miré la sangre que impregnaba la pernera del pantalón. Seguía sin sentir en absoluto la herida, aunque fuesen incuestionables la sangre y la bala alojada en el bíceps femoral.

–Vamos demasiado despacio –dijo Chiloé, en el momento en que nos adelantaban tres liebres que nos llegaban a la cintura, así que me esforcé en acelerar el ritmo, acompasándome a una familia de grandes

conejos blancos provistos de chistera y de una tartera que les colgaba del cuello.

El primer punto de avituallamiento sólido y líquido estaba en el Real Monasterio de Santa María de Sijena. Un grupo de religiosas muy amables de las Hermanas de Belén y de la Asunción de la Virgen ofrecían las vituallas a los corredores en el refectorio, la sala capitular y el claustro. En la plaza del monasterio había mucha gente distinguida, ataviada con atuendos de otra época, tomando un refrigerio. Me pregunté quién sería una mujer que destacaba por su porte aristocrático y sus ropajes suntuosos.

—Es Sancha de Castilla y de Polonia, reina consorte de Alfonso II de Aragón. Ella mandó construir este cenobio en el siglo XII —me susurró al oído la voz de Pere.

La reina, que estaba rodeada de ricos hombres aragoneses y de monjas hospitalarias, mandó llamar a Chiloé y se postró a sus pies.

—Bienaventurada seas, hija mía, porque tuyo es el reino de los cielos —dijo Sancha de Castilla y de Polonia, la reina consorte de Alfonso II de Aragón, y rompió a llorar, bañando con sus reales lágrimas los piecitos desnudos de Chiloé, que miraba con ternura a la reina y prodigaba consoladoras caricias a su regia testa.

—Bueno, ya está bien de efusiones sentimentales —dijo un personaje muy distinguido, secundado por lanceros, que resultó ser Jaime I, y se reanudó el Maratón de los Monegros.

—Me gusta esto de correr sin parar, un kilómetro detrás de otro —dije, sintiéndome feliz de estar allí, acompañado de Chiloé, que ahora se abría paso entre

una nube de discolas perdices doradas que refulgían como el oro.

Pensé que aquello era simplemente un sueño. Entonces vi pasar, sobrevolando el nutrido pelotón de variopintos corredores, mi viejo Ford, conducido por el tipo que me había disparado en la pierna.

Al advertir que Jimena estaba sentada en el asiento de copiloto del coche, al lado del tipo demacrado y ojeroso que se había llevado todo lo que yo poseía, el corazón se me encogió y me sentí desfallecer. Jimena no me quitó la mirada de encima mientras el viejo Ford atravesaba el horizonte, a escasos metros por encima de nuestras cabezas. Pero no estaba triste, como yo esperaba. Sus ojos brillaban, igual que el día en que yo la había conocido, allí, en los Monegros. Y me sonreía, complacida, como si, por alguna razón que yo ignoraba, se encontrase satisfecha de la vida.

Luego el viejo Ford, el tipo que me había disparado en la pierna y Jimena desaparecieron, y yo seguí corriendo al lado de Chiloé, que cantaba una alegre tonada infantil. Esto es increíble, me dije, suspirando, sin saber a qué atenerme, pues ignoraba si estaba soñando, si era víctima de una ilusión del pensamiento o si la realidad se había vuelto loca, así como a veces nos acontece a las personas.

En la Cartuja de Nuestra Señora de las Fuentes nos aguardaba un punto de avituallamiento especial, con fideuá, carne asada y antioxidante. A algunos corredores ya se les veía francamente agotados, aunque sonreían, satisfechos, celebrando su esfuerzo con cánticos y danzas regionales. Chiloé y yo fuimos recibidos, con mucho miramiento, por los condes de Sástago en persona, doña Beatriz de Luna y don Blasco

de Aragón, que nos condujeron al claustro, donde un rico mercader de Zaragoza estaba entregando las raciones de las vituallas a los monjes que iban saliendo de las celdas, para que las repartiesen entre los corredores.

En la capilla del Sagrario había cartujos dedicados al estudio, la lectura espiritual y la oración, dirigidos por el prior, que de repente dejaron lo que estaban haciendo y, arregazándose la sotana, se pusieron a repartir vituallas entre los corredores del maratón. Los cartujos que salían de la sala capitular se encargaban de las porciones de fideuá, los que acompañaban al dicharachero sacristán distribuyeron las de carne asada, y los procedentes de la hospedería se decantaron por el antioxidante.

–Hay un equilibrio cósmico en todas las cosas de este mundo, por pequeñas y banales que parezcan –filosofó la condesa, doña Beatriz de Luna, cuya hermosura y gentileza no me habían pasado desapercibidas.

–En efecto, querida. En todo se percibe la mano del Creador –convino el conde, don Blasco de Aragón, que, según me apuntó un cartujo de corta edad, era hombre devoto y muy dado a las reflexiones místicas.

Se estaba muy bien en la Cartuja de Nuestra Señora de las Fuentes, disfrutando de la fideuá, la carne asada, el antioxidante y la grata compañía de los cartujos y los condes de Sástago, pero había que seguir corriendo, porque quedaban muchos kilómetros de carrera.

Cuando por fin cruzamos la línea de meta, tras pernoctar en la orilla de la laguna de la Playa, Chiloé y yo recibimos sendos diplomas que nos acreditaban como los triunfadores del Maratón de los Monegros 2012.

–No me lo puedo creer. No tengo palabras. Ha sido la experiencia más increíble de mi vida –declaró Chiloé, visiblemente emocionada, al reportero que nos entrevistó, micrófono en mano, al finalizar la entrega de premios, y yo me limité a sonreír como un tonto a las cámaras cuando el reportero me interpeló por el origen de la sangre que impregnaba la pernera de mi pantalón, porque no consideraba prudente presumir de haber ganado el Maratón con una herida de bala en la pierna.

Fue en ese momento cuando se me ocurrió pensar que tal vez, por alguna incognoscible razón, me encontraba en el interior de una película, una especie de tragicomedia, o peor aún, en una de mis surrealistas novelas, acaso porque la novela me hubiese abducido traicioneramente, pero no pude ahondar en esas ideas, ya que Chiloé tenía prisa por salir de allí corriendo, aunque el Maratón ya había terminado.

–No puedo imaginarme adónde quieres ir ahora –dije, en un tono de ligera protesta, porque la verdad era que me apetecía disfrutar un poco más de las mieles del éxito.

–Nos espera el Monegros Desert Festival –replicó Chiloé, dedicándome una de sus hechizadoras sonrisas.

–Y eso se supone que es...

–... el mejor festival de música electrónica del mundo. Es una pasada, ya lo verás. Mola mazo.

–De acuerdo. Como tú digas, pequeña. Seguro que mola mazo –convine, a regañadientes, y acto seguido Chiloé me tiró de la mano y llegamos al festival de marras, que estaba entre las poblaciones de Candasnos y Fraga.

Fue edificante encontrar a toda aquella gente joven reunida en el desierto de los Monegros.

–Vamos a mover el esqueleto –dijo Chiloé, y así lo hicimos.

Bailamos sin parar durante veinte horas la música electrónica del Monegros Desert Festival. Me dejé llevar por ritmos que yo desconocía por completo, de nombres tan raros como hip-hop, drum and bass o minimal. También los artistas presentes respondían a rebuscados nombres como The Prodigy Wu Tang Clan, Streelife & Dj Mathematics, 2manydjs, Billx Vs Floxytek, Caspa & MC Rod Azlan, Dope D.O.D., Loco Dice, The Advent vs Industrialyser, Underdogz vs Motormorfoses o Violadores Del Verso.

Cuando acabó el festival, un vigilante de seguridad nos abordó con descaro.

–Eh, vosotros no habéis pagado los sesenta pavos de la entrada –dijo, poniendo cara de malas pulgas.

Chiloé sonrió candorosamente a modo de réplica. Cuando el vigilante le devolvió la sonrisa, me percaté de que en realidad era el tipo que me había disparado en la pierna.

–Desconfía de todo lo que veas y oigas aquí –me advirtió la voz de Pere.

En ese instante apareció mi viejo Ford, en medio de aquella multitud de jóvenes extenuados por el baile que empezaban a dispersarse, y frenó en seco delante de nosotros, haciendo que rechinasen los neumáticos. No me lo podía creer. Jimena iba al volante.

Jimena se apeó del coche. Estaba preciosa. Llevaba zapatos de aguja. Su vestido rojo de noche de falda corta descubría sus impresionantes muslos hasta límites

que me cortaron la respiración. El flequillo y los bucles de su larga cabellera negra le caían sobre el rostro y los hombros desnudos, confiriendo a su rostro un aire rebelde y procaz.

Me sonrió con complicidad, y hubo un momento de estupor entre los presentes.

–Me gustaría saber qué pasa aquí –no pude dejar de decir.

–Es muy sencillo –dijo Chiloé, tomándome la mano con ternura.

–Sí, la vida es mucho más sencilla de lo que creemos –convino Jimena–. Verás, Mateu, ella es tu hija, nuestra hija, la hija que yo llevaba en el vientre hace nueve años, cuando este hombre me quitó la vida.

Observé al tipo que me había disparado en la pierna.

–Él fue quien me atropelló hace nueve años –añadió Jimena, al comprobar que yo dudaba.

Me asaltó una furia descontrolada. Sentía la tentación de arrojarme sobre el tipo que me había disparado en la pierna para estrangularle, puesto que me había pasado nueve años obsesionado con la idea de encontrar al desconocido que se había dado a la fuga cobardemente tras atropellar a Jimena.

–No te alteres, Mateu –se apresuró a decir Jimena–. Él está muerto, como yo. Se le paró el corazón al poco de atropellarme.

Me quedé de piedra.

En ese caso también ella está muerta –dije, mirando desolado a Chiloé.

La niña me apretó la mano con su delicada manita infantil y por toda explicación me sonrió, aunque

su sonrisa estaba tan cargada de magia y de grávida certidumbre que me llenó de paz.

Entonces me desperté en mi cama rica y comprendí que todo había sido un sueño, un simple sueño. Poco después Pere me presentó a Jimena, en aquella excursión a la que acudieron algunos de los científicos e investigadores que habían firmado el manifiesto, Jimena y yo nos casamos, tuvimos a Chiloé y llegó un día en que mi hija y yo participamos en el Maratón de los Monegros.

Hoy Chiloé es una adolescente llena de vida, que necesita menear el esqueleto para desfogarse. Por eso la semana pasada la invité al Monegros Desert Festival.

Jimena, mi Musa, se encuentra estupendamente. A diario me prodiga su penetrante inteligencia y su exquisita sensibilidad, en nuestra casa familiar, que está situada en esta sugerente comarca que alumbró nuestro amor.

Mi amigo Pere, que goza de buena salud, a pesar de ser un fumador empedernido, viene a visitarnos de vez en cuando, y nos regala su erudición y su contagioso buen humor.

En cuanto al tipo que en el sueño atropelló a Jimena y me disparó en la pierna, en la realidad resultó ser un antiguo amante despechado de mi mujer, de modo que yo, hallándome sobre aviso respecto a sus aviesas intenciones, merced a la inspiración onírica, no dudé en presentarle a mi colega Carolina, una escritora de armas tomar, con la que el examante de Jimena hizo buenas migas, a Dios gracias, lo cual le permitió cerrar la herida supurante de su corazón, y con ello evitamos

males mayores, porque a veces los sueños no son tan premonitorios como creemos, y comadorean por la noche en el magín de nuestro inconsciente con el propósito de enmendar la plana a la realidad.



Los Monegros
CONSEJO COMARCAL